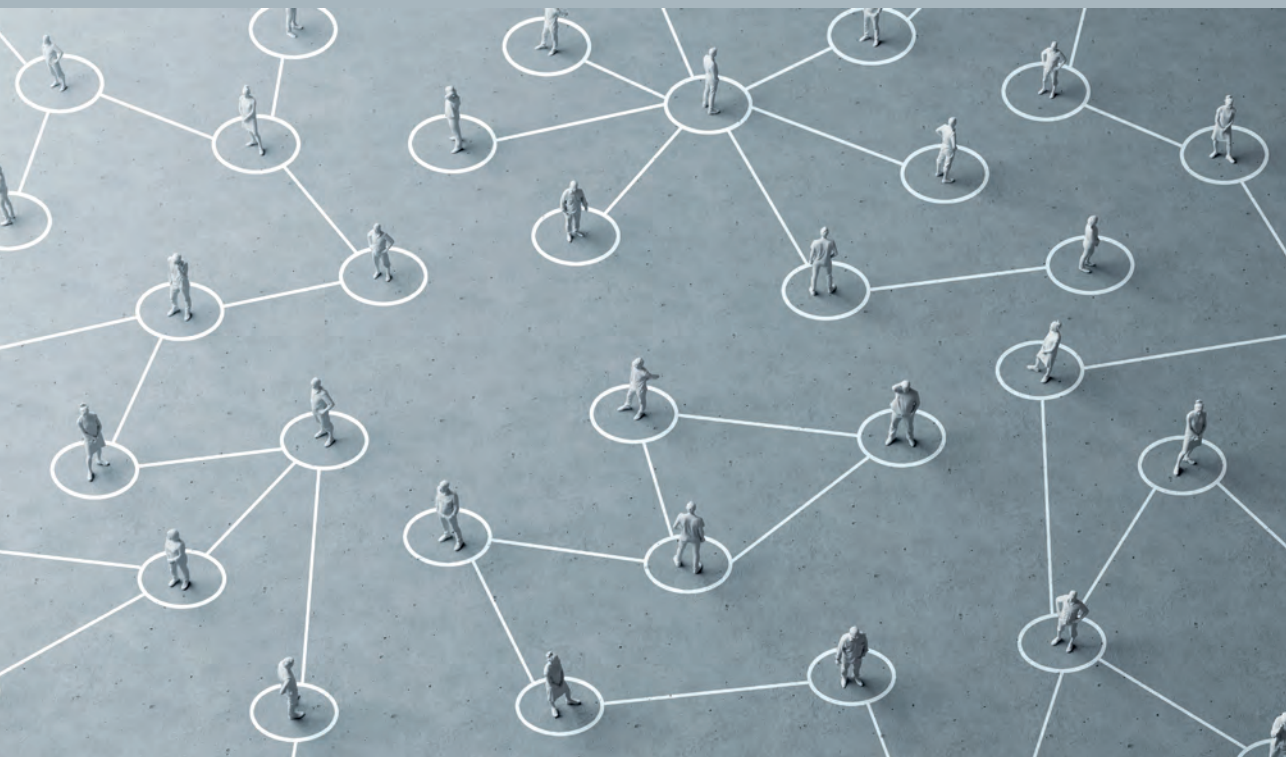


RED IBEROAMERICANA DE INVESTIGADORES,  
ACADÉMICOS Y PRODUCTORES TRANSMEDIA



DIANA L. ÁLVAREZ-MACÍAS  
DIANA ELISA GONZÁLEZ-CALDERÓN  
CLAUDIO LOBETO  
(Coords.)

---

# IBEROAMÉRICA EN POSPANDEMIA: DIÁLOGOS DESDE LA COMUNICACIÓN Y LA CULTURA

Iberoamérica en pospandemia: diálogos desde la comunicación y la cultura.

Diana L. Álvarez-Macías, Diana Elisa González-Calderón, Claudio Lobeto (coords.).

Sevilla: Universidad Internacional de Andalucía, 2021. ISBN 978-84-7993-368-5. Enlace: <http://hdl.handle.net/10334/6087>

**un**  
Universidad  
Internacional  
de Andalucía  
**A**

## CAPÍTULO 7

# LA ANTIGUA PESTE Y LA PANDEMIA DE LOS TIEMPOS CONTEMPORÁNEOS

EDUARDO HUÁRAG ÁLVAREZ

Pontificia Universidad Católica del Perú

[chuarag@pucp.pe]

### Introducción

En el momento en que escribimos este ensayo, son miles las víctimas de una pandemia denominada COVID-19, o también conocida como Coronavirus. Se han hecho investigaciones y hay avances significativos respecto a la posible vacuna que nos prevenga de la enfermedad. Mientras tanto, la muerte cobra más víctimas. No es la primera vez que la humanidad es afectada por una pandemia. En diferentes épocas, las pandemias han tenido resultados devastadores. La limitada comunicación de los pueblos, en la antigüedad, hizo que la pandemia, algunas veces, quedara focalizada en una región. Pero, cuando la población afectada, creyendo que era un lugar marcado por la pandemia –como castigo divino por un acto impuro o injusticia de un acto cometido– optaba por la migración, no advertían que se estaban convirtiendo en portadores de la enfermedad. En este ensayo queremos hacer una referencia de la reacción ante la pandemia en diferentes épocas y qué comparación encontramos en relación con el COVID-19 que nos asola en este momento. Es importante saber cuál es la reacción o el comportamiento humano ante la pandemia, de qué modo le afecta, pero también de qué manera la situación de la comunicación pudo afectar la propagación o control del mal. Eso

implica preguntarse cómo, ante la pandemia, los humanos se ven condicionados por el uso de los medios de comunicación.

Es verdad que hay dilemas –como la conducta, la moralidad de las personas ante el fenómeno– que se verán en todas las épocas. Hay algunos planteamientos que son propios de la época y la cultura en la que se presenta la pandemia. Y, por otro lado, también es posible observar la argumentación acerca de lo que pudo haberla provocado. La explicación mítica de los orígenes es significativa, pero también la que ofrecerá después la iglesia católica, en la Edad Media, argumentación que fue repitiendo incluso a mediados del siglo XX como se puede apreciar en *La peste* de Albert Camus.

## 1. Los motivos de la peste en el pensamiento antiguo

En la antigüedad, los pueblos entendían que una peste, la que provocaba muertes masivas, era una manera de manifestarse de Dios. El sagrado personaje, a través de una pandemia o peste, enviaba su señal. Le decía al pueblo que había un impuro o un conjunto de impuros que desataban la ira de los dioses. Y era o eran impuros los que realizaban actos contra la moral o habían cometido un delito. En su afán por encontrar una respuesta a la plaga, o lo funesto, los gobernantes, responsables de la conducción de un pueblo, enviaban a un emisario para que consultara al oráculo, esa enigmática función que cumplían los chamanes, los videntes. Ellos debían decir qué es lo que provocaba la ira de los dioses. Claro, es cierto que algunas veces lo que decía el oráculo era una frase un poco ambigua que la inteligencia del gobernante debía interpretar. Con esa ambigüedad verbal, el oráculo se ponía a salvo en caso de que el resultado no fuera lo esperado.

Los pobladores, e incluso el sacerdote, solían recurrir al rey a fin de que interviniera e hiciera algo para acabar con la peste o la pandemia. Era su responsabilidad buscar el bien común. Iban ante él porque consideraban que era el indicado, el elegido para ser el gobernante. Por eso mismo, existía la certeza de que los dioses escucharían la plegaria y las decisiones del rey para dar término a la peste. Hay que recordar que el rey estaba por encima del sacerdote y, a la vez, era la imagen del pater-familia, el rey era el jefe del culto religioso.

Pues bien, esto se presenta en *Edipo rey*, de Sófocles. La obra nos muestra al sacerdote, seguido de una comitiva de pobladores de Tebas, que van ante el rey con el fin de pedirle que haga algo contra la peste que está provocando muchas muertes: ¡Oh, Edipo, el más sabio entre todos! Te imploramos todos los que estamos aquí como suplicantes, que nos consigas alguna ayuda, bien sea tras oír el mensaje de algún dios, o bien lo conozcas de un mortal (Sófocles, 2020).

Como solía suceder, el gobernante, antes de tomar una decisión, envió a un mensajero al oráculo para saber qué dicen sobre la peste que está causando estragos en Tebas. Creonte, el hermano de Yocasta, fue al oráculo y regresó con el mensaje: el problema se resolvería cuando se sancionara al que mató a Layo, el gobernante anterior. Bajo la interpretación de Creonte se trata de un asunto muy simple. Edipo, hasta ese instante, no conoce quién mató a Layo y le extraña que no hayan hecho investigación luego de que se supo que había sido víctima de un asalto. Cuando se presenta la peste, Edipo ya llevaba buen tiempo con Yocasta y tenía hijos más que adolescentes. Su vida era feliz y era buen gobernante. Y por eso mismo, su primera reacción será la de prometer sanción al que resulte culpable del asesinato de Layo. Aplicará la sanción que reclaman los dioses:

*[...] os diré a todos vosotros, cadmeos, lo siguiente: aquel de vosotros que sepa por obra de quién murió Layo, el hijo de Lábdaco, le ordeno que me lo revele todo y, si siente temor, que aleje la acusación que pesa sobre sí mismo, ya que ninguna otra pena sufrirá y saldrá sano y salvo del país. Si alguien, a su vez, conoce que el autor es otro de otra tierra, que no calle. Yo le concederé la recompensa a la que se añadirá mi gratitud. Si, por el contrario, calláis y alguno temiendo por un amigo o por sí mismo trata de rechazar esta orden, lo que haré con ellos debéis escucharme. Prohibo que, en este país, del que yo poseo el poder y el trono, alguien acoja y dirija la palabra a este hombre, quienquiera que sea, y que se haga participe con él en súplicas o sacrificios a los dioses y que le permita las abluciones. Mando que todos le expulsen, sabiendo que es una impureza para nosotros, según me lo acaba de revelar el oráculo pítico del dios. Ésta es la clase de alianza que yo tengo para con la divinidad y para el muerto. Y pido solemnemente que, el que a escondidas lo ha hecho, sea en solitario, sea en compañía de otros, desventurado, consuma su miserable vida de mala manera. E imprecó para que, si llega a estar*

*en mi propio palacio y yo tengo conocimiento de ello, padezca yo lo que acabo de desear a éstos.* (Sófocles, 2020)

Lo que Edipo no sabía es que el impuro era él mismo. Y aunque, al comienzo, cuando Tiresias le advierte que vive en estado de vergüenza (refiriéndose al incesto) y que aquel al que busca es él mismo, piensa que se trata de una conspiración motivada y organizada por Creonte para hacerse del poder. Lo cierto es que había una declaración del oráculo y que se cumpliría inexorablemente. Se había estado cumpliendo sin que lo supiera. Finalmente, al comprobar que lo dicho por el oráculo lo hacía culpable de la impureza, no le quedó otra alternativa que salir de Tebas, ciego y sin rumbo.

Para los antiguos, la eliminación o expulsión del causante de la pandemia era una forma de atenuar la ira de los dioses. Es probable que la peste terminara cuando ya se había producido lo que hoy se entiende como inmunidad de rebaño; es decir, lo padecieron casi todos y el virus ya no tiene a quién atacar porque, de manera leve o grave, ya lo sufrieron los ciudadanos. Entonces, coincide con la referencia un poco enigmática de que la peste se marchó tan misteriosamente como había llegado.

## **2. Una peste y la peregrinación a Santiago**

La peste que la humanidad no podrá olvidar por mucho tiempo será la peste bubónica que asoló a Asia y a Europa en el siglo XIV. La peste, que se cree que vino del oriente, ocasionó doscientos millones de muertes, lo que significó, según estimaciones posteriores, un tercio de la población del momento. La literatura tiene varias obras que hacen referencia a la peste y a sus efectos devastadores. Desde esos tiempos la cuarentena fue el recurso al que recurrieron los gobernantes locales. Se cuenta que, no en pocos casos, cuando se sabía que en una casa familiar alguien había muerto por la peste, la autoridad ordenaba tapiar la casa: así la familia ya no podía salir. Entonces, o morían todos por el contagio, o sobrevivía alguno, inmune al superar la enfermedad.

Carpentier hace referencia a la peste en el relato *Camino de Santiago* –en el que se maneja con éxito el tiempo circular–. Allí, menciona a un soldado, Juan, quien observó una rata enferma y no olvida esa imagen cada vez que se encuentra ante la muerte:

*En aquel momento observó que por el puente de una gúmena bajaba a tierra, una enorme rata, de rabo pelado, como achichonada y cubierta de pústulas. El soldado agarró una piedra con la mano que le quedaba libre, meciéndola para hallar el tino. La rata se había detenido al llegar al muelle, como forastero que al desembarcar en ciudad desconocida se pregunta dónde están las casas. Al sentir el rebote de un guijarro que ahora le pasaba sobre el lomo para irse al agua del canal, la rata echó a correr hacia la casa de los predicadores quemados, donde se tenía el almacén de forraje. (Carpentier, 2020)*

Como ha sucedido en otros casos de peste, la colectividad tarda en identificar y confirmar que se trata de una peste. Quizá no se quiere aceptar sus efectos devastadores. Confían en que las muertes se deben a alguna enfermedad que, confían, es transitoria y que, con el paso del tiempo, se superará:

*Creyóse, en un comienzo, que el mal era de bubas, lo cual no era raro en gente venida de Italia. Pero cuando aparecieron fiebres que no eran tercianas, y cinco soldados de la compañía se fueron en vómitos de sangre, Juan empezó a tener miedo. A todas horas se palpaba los ganglios donde suele hincharse el humor del mal francés, esperando encontrárselos como rosario de nueces. Y a pesar de que el cirujano se mostraba dudoso en cuanto a pronunciar el nombre de una enfermedad que no se veía en Flandes desde hacía mucho tiempo a causa de la humedad del aire, sus andanzas por el reino de Nápoles le hacían columbrar que aquello era peste, y de las peores [...] Juan recordaba, como alimaña de mal agüero, aquella rata hedionda y rabipelada, a la que había fallado por un palmo, en la pedrada, y que debía ser algo así como el abanderado, el pastor hereje, de la horda que corría por los patios, se colaba en los almacenes, y acababa con todos los quesos de aquella orilla. (Carpentier, 2020)*

Lo que sabemos después es que el soldado empieza a padecer los síntomas de la peste, pero confían en Dios, en su fe religiosa. En el camino encuentra otros

romeros que están yendo a Santiago, a la iglesia que puede salvarle. Sigue el camino mirando los astros como referencia para llegar a su destino. En el trayecto escucha a juglares que mencionan, en romances cantados, el reino del Perú, un lugar de América donde se dice que hay abundante riqueza. Juan el romero cree en lo que dicen y se ilusiona. Como siempre, los humanos nos ilusionamos o creemos en la utopía. Juan el romero viaja a América, pero luego se da cuenta de que tal riqueza no existe y, si alguna vez existió, ya no queda nada.

De vuelta a Europa, Juan el romero será conocido como *Juan el indiano* puesto que venía de las denominadas indias orientales. Y él, al igual que los juglares, cantará esas estrofas que lo convencieron. Con eso nos queda la sensación de circularidad, de una historia que se repite y que, seguramente, convencerá a otros de que esas ciudades de paredes de oro sí existen.

### 3. La devastación en algunas ciudades europeas

Es importante saber que los mayores estragos de la peste bubónica se produjeron en el siglo XIV. Sin embargo, hubo rebrotes en los años sucesivos. Se sabe que, poco antes de 1600, hubo en Londres una peste que dejó, aproximadamente, cien mil muertos. Se decretó el cierre de las salas de teatro y todo aquello que supusiera reunión de personas. Sabemos que, en ese periodo, muere Marlowe, un importante dramaturgo inglés. Al parecer le acuchillaron por un ajuste de cuentas, o por un encargo de ciertas personas de dudosa formación moral. Al morir Marlowe, y cuando acaba la peste y se reabren los teatros, Shakespeare ya no tuvo un dramaturgo que lo opacara. Daniel Defoe tenía cinco años cuando se produjo esa peste, pero le dejó experiencias muy marcadas. Años después escribiría *Diarios del año de la peste* (publicado en Buenos Aires, 2020). Se trata de una crónica matizada con algunos relatos breves de las personas que le dejaron su testimonio. Allí se aprecia de qué modo los efectos de una peste son semejantes a lo que nos sucede ahora, con la pandemia de COVID-19. Dice Defoe: “En el mes de setiembre del año 1664 se empezó a saber en Londres que había peste en otros países. En esa época había muy pocos diarios impresos en papel. La gente se contaba las noticias unos a otros y así se sabían las cosas” (Defoe, 2020, 15).



Las limitaciones de comunicación determinan que la pandemia se traslade lentamente. De hecho, los ingleses pensaban que a ellos no les llegaría. La limitada comunicación influye para que no se sepa la verdadera dimensión del problema. Solo les llegaba la información del entorno más cercano.

Es interesante observar lo que piensan los ciudadanos acerca de esa peste que provoca estragos en la región. Durante un buen tiempo, los pobladores creen que el problema es de los Otros: “Al principio la gente no se preocupó. Todos pensaban que la peste estaba lejos y que en Londres estábamos seguros” (Defoe, 2020, 16).

Ante las primeras muertes, los ciudadanos se preocuparon, pero creen que, con no ir a esa aldea o parroquia, se evitaría el problema. Luego se enteraron de que los muertos aumentaban.

En abril de 1665 se registró un considerable número de muertos. Los médicos no sabían mucho de la peste. La medicina no había realizado investigaciones científicas sobre pandemias. Además, la peste tardó en presentarse en Londres, o lo que ellos conocían como la City. Cuando aumentaron los muertos, el gobierno se preocupó: “El gobierno empezó a publicar boletines para informar sobre lo que iba pasando. Se empezó a saber la verdad. No había muchos muertos, pero había peste” (Defoe, 2020, 20).

Por esos días, se difundió una noticia: “1. El gobierno iba a cerrar las casas donde había enfermos. 2.- La familia y los sirvientes se iban a quedar adentro de las casas con el enfermo” (Defoe, 2020, 21).

Se sabía que, años atrás, esto sucedió en Italia y algunas ciudades europeas. Era una manera de evitar el contagio o la propagación del mal. Mas, entonces, las familias con enfermos no declararon que tenían pacientes o fallecidos por la peste. La consecuencia fue que los contagios aumentaron. Pero, además, advierte Defoe, “[...] la gente no creía lo que leía en los boletines. Mucha gente creía que había más muertes” (Defoe, 2020, 21). Esto significa que el medio oficial de comunicación había perdido credibilidad. Lo mismo ha sucedido en Hispanoamérica. Las cifras que dio el gobierno no eran verdaderas. Cuando se le cuestionó, dijo que solo contabilizaba a aquellos que ya tenían el diagnóstico del COVID-19. Pero,



como morían antes de llegar al hospital, ya no eran considerados como fallecidos por COVID-19.

Cuenta Defoe que muchos optaron por ir al campo. Cerraban sus casas y se mudaban. En la City se quedaban las autoridades de gobierno y los funcionarios: “Había poca gente en la calle. Todos estaban tristes y callados” (Defoe, 2020, 25).

El ambiente de pandemia angustia mucho a los ciudadanos. La gente acude a la iglesia a rezar. Los religiosos decían “[...] que la peste era un castigo de Dios porque la gente es mala. Yo creo que hacían (o decían) mal porque Jesús habla de amor y de paz. Jesús no habla de castigo” (Defoe, 2020, 33).

Cuando la peste alcanzó dimensiones masivas, el gobierno del Lord decretó cerrar las casas donde había enfermos:

*Cuando había un enfermo de peste los demás de la familia no podían salir. [...] También se cerraban las casas de las personas que habían visitado a enfermos de peste. El gobierno puso guardias delante de las casas cerradas. Las casas cerradas se marcaban con una cruz.* (Defoe, 2020, 39)

Es decir, casi como si hubiéramos regresado a los tiempos primigenios, aquello mismo se refería en la Biblia a propósito de la peste que envió Yavé. Se marcaron las puertas para que la peste no entrara a la casa de los hebreos. El confinamiento, en ese tiempo y también ahora, con el COVID-19, genera ansiedad. No todos lo pueden tolerar. “Algunas personas pagaron plata a los guardias para escaparse. [...] Algunos guardias murieron atacados por las personas que querían escapar” (Defoe, 2020, 45).

Hubo, en la ciudad, muchos muertos. Hoy en día, los gobiernos decretaron la cremación de todos los fallecidos por COVID-19. En esos años de la peste, Defoe dice: “Después, cuando hubo muchas muertes los enterradores abrían pozos muy grandes y muy profundos en la tierra. Cuando llegaban las carretas de los muertos, tiraban todos los cadáveres juntos a esos pozos y los tapaban con tierra” (Defoe, 2020, 50).

En esta especie de crónica de la peste, hay dos referencias interesantes que se repiten en el presente. Quizá Defoe es uno de los primeros cronistas en establecer la relación entre un problema de salud y la inevitable repercusión en el ámbito económico:

*Muchos negocios cerraron porque no tenían mercaderías para vender [...] Mucha gente caía muerta en la calle. Cuando yo salía siempre veía algunos cadáveres. Cuando paraba el carro de los muertos se llevaba los cadáveres. Los cadáveres se enterraban de noche.* (Defoe, 2020, 60)

Es lo mismo que ha pasado en Hispanoamérica. Un incidente como la pandemia tiene efectos en la economía del país. Si se cierran negocios e industrias, no habrá sueldos; serán inevitables los despidos masivos al punto de llevar la economía casi al colapso. En la misma cita se aprecia que la gente caía muerta en la calle. Esto se producía en aquel tiempo y se produjo en algunas ciudades de Hispanoamérica: los sistemas de salud no estaban preparados para enfrentar una pandemia.

Finalmente, digamos que Defoe da referencias importantes al mencionar que, en el peor momento, murieron 1700 personas por día, y agrega que la gente que se dedicaba a la limpieza de casas de los fallecidos también se enfermaba y moría.

#### **4. La alegoría de Camus en un pueblo que puede ser cualquier parte del mundo**

En los tiempos contemporáneos, una de las epidemias que más se conoce es la famosa gripe española. Hay muchos estudiosos que hablan de un virus que nadie sabe cómo apareció y, del mismo modo, desapareció misteriosamente. Actualmente, ante la epidemia que padecemos en 2020, los organismos de salud decidieron que el contagio era a través de las gotículas que se expanden desde la boca de una persona y quedan en el aire. De manera que el único modo de evitar el contagio es cubriéndose la boca y aislándose. Por eso la cuarentena. De pronto, los ciudadanos se vieron ante un escenario en el que se les prohíbe salir a la calle y que, si acaso lo hicieran, usaran una mascarilla y se lavaran las manos con jabón.

La cuarentena, decretada por decisión del gobierno, tiene un efecto contra los individuos en el sentido de que ven el confinamiento casi como una prisión. Una libertad restringida. La vida social ya no sería como antes. Se cerraron los espectáculos de concurrencia masiva, como el cine y el teatro. Los estadios se cerraron y, aunque luego de semanas se reanudaron, fueron partidos que se transmitieron por el medio televisivo, pero sin asistencia de público. Mientras tanto, los ciudadanos deben aceptar los decretos, no solo por ser una decisión del gobierno, también lo hacen porque el fantasma de la muerte está presente. Los medios de comunicación informan a diario la manera en que se incrementa el número de muertes. Las autoridades hacen cumplir los decretos con sanciones, mas es evidente que algunos desafían el confinamiento.

Este efecto modifica un ritmo de trabajo, un modo de desenvolverse en la ciudad, ante los amigos y sus familiares. Los centros laborales de concurrencia masiva, colegios y universidades, se cierran. La alternativa que se plantea, como un modo de no detener las actividades programadas, es el teletrabajo o la teleenseñanza. No obstante, esa opción tiene consecuencias severas y perjudiciales para los sectores populares que hacían trabajos manuales y no trabajo de oficina. Peor aún, muchos de esos trabajadores se desenvolvían haciendo trabajos informales (trabajo manual, técnico o artesanal) y no pertenecían a centros laborales. La pandemia tiene resultados que afectan a todos, pero en mayor medida a los sectores populares. Lo que se avanzó en diez años, retrocede. Aumentará el número de empobrecidos o los que están en la pobreza extrema. Y los que estaban, en lo que llamaríamos la clase media, empiezan a descender en la escala social: al no poseer ingresos –o tener ingresos reducidos– no podrán conseguir servicios pagados de televisión y renunciarán a otras comodidades como el internet. Un retroceso inevitable.

En este punto no podemos dejar de mencionar *La peste* (1947), de Albert Camus. Lo que se relata en la novela, que sucede en Oran (Argelia), es una alegoría que puede suceder en cualquier parte del mundo. Claro, la diferencia es, por ejemplo, en cuanto a la situación de una ciudad de esos años en que se conectaban con otras ciudades a través de los noticieros radiales o de la prensa escrita. Hoy en día, la televisión y los medios informáticos hacen que las personas se sientan no tan desconectadas. Es a través de los medios de comunicación que uno se entera, casi de inmediato, cuándo se produjo el primer muerto por COVID-19.

Desde el punto de vista narrativo ese acontecimiento se tendrá como hecho desencadenante porque, a partir de ese incidente, se inicia toda la estrategia que deberá aplicar el gobierno, responsable de la salud pública y de lo que pudiera hacer la población para evitar la propagación del mal.

En el caso de la novela de Camus, el narrador nos informa:

*La mañana del 16 de abril, el doctor Bernard Rieux, al salir de su habitación, tropezó con una rata muerta en medio del rellano de la escalera. En el primer momento no hizo más que apartar hacia un lado el animal y bajar sin preocuparse. Pero cuando llegó a la calle, se le ocurrió la idea de que aquella rata no debía quedar allí y volvió sobre sus pasos para advertir al portero. (Camus, 2020)*

El portero se extrañó de lo que le decía el médico y sostuvo que debió haberlo tirado alguien porque en el alojamiento o casona no había ratas. Quiso desechar la idea de falta de limpieza. Otro dato preocupante: se afianza el proceso que seguirá el incidente desencadenante. El médico encontró más ratas. Mala señal.

*Aquella misma tarde Bernard Rieux estaba en el pasillo del inmueble, buscando sus llaves antes de subir, cuando vio surgir del fondo oscuro del corredor una rata de gran tamaño con el pelaje mojado, que andaba torpemente. El animal se detuvo, pareció buscar el equilibrio, echó a correr hacia el doctor, se detuvo otra vez, dio una vuelta sobre sí mismo lanzando un pequeño grito y cayó al fin, echando sangre por el hocico entreabierto. El doctor lo contempló un momento y subió a su casa. (Camus, 2020, 4)*

Pero es el médico Rieux quien hará una lectura distinta de la realidad. Además, observa en la calle otros hechos alarmantes: “[...] una decena de ratas tiradas sobre los restos de las legumbres y trapos sucios” (Camus, 2020, 4). Los hechos se salen de control. Toda la aldea se ve rebasada por la peste.

*Nuestros conciudadanos, estupefactos, las descubrían en los lugares más frecuentados de la ciudad. Ensuciaban la plaza de armas, los boulevares, el paseo de Front-de-Mer. Limpiada de animales muertos al amanecer, la ciudad iba encontrándolas poco a poco cada vez más numerosas durante el día. (Camus, 2020, 4)*

No se sabe mucho acerca de la dimensión de la peste. Cada uno juzgaba solo por los hallazgos que hacían personalmente. No tenían una mirada macro que les dejara ver la suma de los descubrimientos. Eso revela carencia o limitación de las instancias del gobierno:

*Nuestros conciudadanos, ahora se daban cuenta, no había pasado nunca que nuestra ciudad pudiera ser un lugar particularmente indicado para que las ratas saliesen a morir al sol ni para que los porteros perecieran de enfermedades extrañas [...] Pero otros entre nuestros conciudadanos, y que no eran precisamente porteros ni pobres, tuvieron que seguir la ruta que había abierto Michel. Fue a partir de ese momento cuando el miedo, y con él la reflexión, empezaron. (Camus, 2020, 12)*

Se advierte, entonces, que mientras el problema es de los *otros*, causa poca preocupación. Peor cuando el que ha sido afectado es un simple portero o un hombre pobre. Entonces, los de clase media, como el médico o el periodista, pueden decir que se trata de personas de cierto sector social de la sociedad, pero que ellos estaban a salvo. Es un discurso sobre todo del sacerdote Paneloux, quizá con más razón, porque se siente predicador, pastor de Dios ante los fieles. Casi sagrado, digamos. Sin embargo, cuando empezaron a ser afectados ciudadanos que no eran de los sectores populares, la reacción fue distinta. Morían, de igual manera, gente de mucha solvencia económica. El virus no hace distinciones. Se propaga por las pulgas de ratas enfermas o la góticula que emiten las personas infectadas.

Este hecho es significativo y nos recuerda lo que pasó en el Perú, en los años 80s, cuando un grupo subversivo maoísta se alzó en armas, provocó atentados y constates enfrentamientos con las fuerzas militares. Mientras, los enfrentamientos y muertes masivas (encubiertas bajo la denominación de desaparecidos) se producían fuera de la capital, la población de Lima —la ciudad capital— veía el fenómeno político social como algo lejano, un asunto de la zona andina. Era un problema de los *otros*, no en el pronominal *nosotros*. Una separación marcada por una actitud ancestral de rechazo y desprecio del costeño hacia el serrano.

Ahora bien, en determinado momento, se produjo un atentado: el estallido de un coche bomba en un distrito de la capital, poblado por ciudadanos de clase

media y clase media alta. En ese momento se vieron afectados y, el problema de los *otros*, fue asumido por el de *nosotros*. Lo anterior se configura mejor en los hechos. Por ejemplo, cuando se cometió un atentado que acabó con la vida de una líder de una urbanización popular, Villa El Salvador, llamada María Elena Moyano (febrero de 1992) la población de los sectores medios y altos no dijeron nada y no reaccionaron. Mas, meses después, en julio de ese mismo año, cuando sucede lo del coche bomba en una calle emblemática de Miraflores, allí sí reaccionaron. Se organizó una marcha conjunta entre los vecinos de Miraflores y la población de Villa El Salvador.

En Oran, la prensa ignoraba a la epidemia, o quizá no quería darle importancia, no la que debía dada la dimensión de una pandemia. Lo revela el narrador:

*La prensa, tan habladora en el asunto de las ratas, no decía nada. Porque las ratas mueren en la calle y los hombres en sus cuartos y los periódicos solo se ocupan de la calle. Pero la prefectura y la municipalidad empezaron a preguntarse qué había que hacer. Mientras cada médico no tuvo conocimiento más de dos o tres casos nadie pensó en moverse. Al fin, bastó que a alguno se le ocurriese hacer la suma. La suma era aterrador. En unos cuantos días los casos mortales se multiplicaron y se hizo evidente para los que se ocupaban de este mal curioso que se trataba de una verdadera epidemia.* (Camus, 2020, 19)

Este problema de comunicación no se ha presentado en estos tiempos del siglo XXI porque, aparte de la prensa escrita o la radio, se tienen otros medios: la televisión y los medios informáticos. La gran diferencia, además, es la inmediatez en la comunicación. Estamos distantes a miles de kilómetros, mas la señal transmitida llega casi en el mismo instante. De modo que, en el caso de la pandemia, la información ha sido casi inmediata. El otro problema que no se puede ignorar es que, si en los tiempos medievales la comunicación de un pueblo a otro demoraba varios días, en estos tiempos la gente se desplaza en avión en pocas horas y, lamentablemente, también la epidemia se traslada con rapidez de un país a otro. La cuestión que mereció una fuerte crítica es que algunos gobiernos quisieron minimizar el problema, la dimensión de la pandemia, para evitar que tuviera –como sospechaban, y no se equivocaron en eso– un efecto negativo en la economía. No obstante, los resultados del contagio y las muertes masivas demostraron que se

trataba de una epidemia de efectos devastadores si no se tomaban precauciones: el uso obligatorio de mascarillas, la suspensión de reuniones y el necesario cierre de tiendas, restaurantes, etc. En algunos países se han manejado estos hechos con algún sentido político: para no alarmar a la población, informaron cifras que no eran objetivas. La realidad es que los fallecidos eran más que los que declaraba el gobierno. Esto salió a la luz cuando una entidad (en el caso del Perú), encargada de llevar el registro de fallecidos, dio su informe y era evidente que había más fallecidos de los habituales, lo que llevó a los analistas a sospechar que no se reportaron como fallecidos por coronavirus los que morían en su casa, y las autoridades no los consideraron como pacientes de COVID-19. La presión ciudadana obligó a los gobiernos a sincerar sus cifras.

La reacción ante la epidemia es distinta. Algunos acatan las reglas disciplinadamente, pero otros son más incrédulos y no creen en el contagio. Es difícil cambiar un modo de vida. El confinamiento, en muchos casos, crea un estado de ansiedad que deriva en angustia. Las posibilidades de rebeldía o transgresión son frecuentes.

A ello hay que agregar que, para que la gente acepte el confinamiento como una medida de salud para prevenir el contagio, suponía todo un trabajo en la conciencia de la población. Se trataba de persuadirla a fin de que cumpliera las normas de prevención; para ello no bastaba con tomar decisiones drásticas. En algunos países, como el Perú, se optó por el discurso presidencial que casi a diario transmitía el mandatario para advertir y reiterar el avance de la enfermedad. Ciertamente, un especialista en Comunicación persuasiva no hubiera aconsejado aquello. Por el lenguaje y por la formalidad del cargo, el formal discurso de un mandatario no llegaba a los adolescentes o la población de los sectores populares. Ellos fueron los primeros en rebelarse al organizar reuniones y fiestas que, por cierto, estaban prohibidas. Solo tres meses después del inicio de la epidemia, el gobierno entendió que debía utilizar el medio publicitario para persuadir con distintos spots publicitarios del peligro de la epidemia.

El problema de la salud por epidemia no puede ser analizado sin considerar los efectos en el aspecto económico, especialmente en América Latina, pensando en la situación de esa población informal que vive del salario diario, o de



los subempleados (muchos de ellos estudiantes universitarios) que trabajaban *part time*. En situaciones extremas, los sectores más pobres no pudieron resolver el problema de la pérdida de su trabajo con el denominado bono de solidaridad que entregó el gobierno a los sectores más pobres (lista que no había sido actualizada durante cinco años y un buen sector de la población no recibió lo que necesitaba). La consecuencia es que esos informales desobedecieron las ordenanzas y salieron a vender mercaderías para conseguir alguna ganancia que les permitiera cubrir sus necesidades básicas. El dilema para ellos: o morían de hambre, o se arriesgaban a contagiarse de COVID-19.

Lo mismo que sucedió en Oran sucede también en el siglo XXI, con el COVID-19. Es decir, al margen de los efectos económicos, está también esa tristeza, ese estado de angustia y desolación que sufren las personas que no pueden visitar a sus seres queridos. Puede ser entendible, puede ser una lógica científica, desde la perspectiva de la salud, pero tiene un costo de hondas repercusiones en el lado anímico:

*Una de las consecuencias más notables de la clausura de las puertas fue, en efecto, la súbita separación en que quedaron algunos seres que no estaban preparados para ello. Madres e hijos, esposos, amantes que habían creído aceptar días antes una separación temporal, que se habían abrazado en la estación sin más que dos o tres recomendaciones, seguros de volverse a ver pocos días o pocas semanas más tarde, sumidos en la estúpida confianza humana, apenas distraídos por la partida de sus preocupaciones habituales, se vieron de pronto separados, sin recursos, impedidos de reunirse o comunicarse. (Camus, 2020, 35)*

Más dramático, quizá, fue lo que se contempló en Lima a los dos meses después de que empezó la pandemia: por un lado, la pérdida de credibilidad de las decisiones del gobierno que, inicialmente y de acuerdo con él, eran una medida transitoria y las restricciones se aplicarían solo por un mes. Después de ese mes, se añadió otro mes, y así sucesivamente. A la fecha llevamos seis meses de cuarentena y, a decir verdad, ya merece otro nombre porque no corresponde a la denominación literal. Por otro lado, uno de los dramáticos efectos de la pandemia fue el hecho de la migración masiva. Más allá de las restricciones y de la carencia de ingresos para la población de bajos recursos económicos, tuvieron la necesidad de

regresar a la provincia de donde alguna vez vinieron con la esperanza de una vida mejor. El escenario que se produjo en los pueblos de la época antigua se repetía. Migración forzada por la pandemia. Algunos pudieron conseguir que los ómnibus los llevaran a su provincia; otros, ante los costos elevados del traslado, prefirieron recorrer los cientos de kilómetros a pie. Después se sabía que el 40% de los que aguardaban a que el gobierno les autorizara el regreso estaban contagiados y, si volvían, existía el alto riesgo de que llevaran el virus a su destino.

Es cierto que, en los tiempos actuales, la comunicación vía internet ofrece el paliativo de la comunicación visual. Son momentos gratos que no se conocieron en los años en que se ubica la peste en Oran. La gente de ese entonces buscaba la comunicación interpersonal a través de la imaginación. Se creaban un mundo imaginario en el que estaban con la persona amada, o la madre que se quedó fuera de Oran. Sin embargo, también es cierto que ese pequeño gozo a través de Zoom es momentáneo. La tristeza vuelve cuando se acaba la comunicación visual y uno retorna a las condiciones del confinamiento. Es bueno leer lo que dice el narrador de *La peste*:

*Algunos se obstinaban en escribir e imaginaban sin cesar combinaciones para comunicarse con el exterior que siempre terminaban por resultar ilusorias [...] Durante semanas estuvimos reducidos a recomenzar la misma carta, a copiar los mismos informes y las mismas llamadas, hasta que al fin las palabras que habían salido sangrantes de nuestro corazón quedaban vacías de sentido.* (Camus, 2020, 36)

A los pobladores de Oran les costó aceptar que tenían una epidemia. En el peor de los casos, juzgaban que era un mal momentáneo y que no creían que causarían muchos estragos:

*Solo a la larga, comprobando el aumento de defunciones, la opinión tuvo conciencia de la verdad. La quinta semana dio trescientos veintiún muertos y la sexta trescientos cuarenta y cinco. El aumento era elocuente. Pero no lo bastante para que nuestros conciudadanos dejaran de guardar, en medio de su inquietud, la impresión de que se trataba de un accidente, sin duda enojoso, pero después de todo, temporal.* (Camus, 2020, 40)

Es interesante observar la manera en que actúan instituciones como la iglesia ante una peste o pandemia. Rioux, médico y responsable de la salud pública, representa a la ciencia; mientras que Paneloux es religioso y es representante de la iglesia. Al comienzo, la prédica del sacerdote hace referencia a la historia y considera que la peste es un castigo de Dios porque los hombres se han distanciado de la fe:

*La primera vez que esta plaga apareció en la historia fue para herir a los enemigos de Dios. Faraón se opuso a los designios eternos y la peste le hizo caer de rodillas. Desde el principio de toda historia el azote de Dios pone a sus pies a los orgullosos y a los ciegos. Meditad en eso y caed de rodillas [...] Si hoy la peste os atañe a vosotros es que os ha llegado el momento de reflexionar. Los justos no temerán nada, pero los malos tienen razón para temblar [...] Dios, que durante tanto tiempo ha inclinado sobre los hombres de nuestra ciudad su rostro misericordioso, cansado de esperar, decepcionado en su eterna esperanza, ha apartado de ellos su mirada. Privados de la luz divina, hemos aquí por mucho tiempo en las tinieblas de la peste. (Camus, 2020, 47-48)*

Como si su admonición no fuera suficiente, el sacerdote advierte que ni siquiera la ciencia les salvará. Téngase en cuenta que, a mediados del siglo XX, la medicina (ciencia) ya había controlado muchas epidemias (el cólera o la gripe española). La investigación le permitió a la medicina advertir qué provocaba el paludismo o la tuberculosis; se habían diseñado tratamientos prometedores. Pero también, aparecerían después virus como el VIH, que aún no se puede curar. Según el Padre Paneloux, Dios está más allá de la ciencia, su poder puede más y no dudará en advertir que de todos modos aplicará su sanción a la humanidad: “La mano que os tenderá, ninguna fuerza terrestre, ni siquiera, sabedlo bien, la vana ciencia de los hombres podrá ayudarlos a evitarla. Y heridos en la sangrienta era del dolor, seréis arrojados con la paja” (Camus, 2020, 48-49).

En medio de la angustia y la desesperanza, sucederá algo nuevo. Los hombres no se sentirán culpables, como deseaba el Padre Paneloux, más bien descubrirán que no se trata de buscar soluciones individuales, que el problema de la peste demanda que piensen en colectividad:

*Así durante semanas y semanas, los prisioneros de la peste se debatieron como pudieron. Y algunos de ellos, como Rambert, llegaron incluso a imaginar que seguían siendo hombres libres, que podían escoger. Pero, de hecho, se podía decir que, en ese momento, a mediados del mes de agosto, la peste lo había envuelto todo. **Ya no había destinos individuales, sino una historia en colectividad que era la peste y sentimientos compartidos por todo el mundo.** El más importante era la separación y el exilio, con lo que eso significaba de miedo y de rebeldía. (Camus, 2020, 86) [El subrayado en negritas es nuestro. Queremos destacar la respuesta colectiva por encima de las reacciones individuales].*

Pero claro, las restricciones no pueden aplicarse ad-infinitum. La angustia y la necesidad de alimentarse pueden más que las leyes y sanciones. Fue por eso que, en Oran, se produjeron algunos actos de violencia:

*Las puertas de la ciudad [cerrada por la cuarentena] fueron atacadas por la noche varias veces, pero ahora por pequeños grupos armados. Hubo tiroteos, heridos y alguna evasión. Se reforzaron los puestos de guardia y las tentativas cesaron rápidamente. Sin embargo, bastaron para levantarse en la ciudad un soplo de revolución que provocó escenas de violencia. (Camus, 2020, 87)*

Pero no solo es el confinamiento o la cuarentena. Una de las decisiones de los organismos de salud es que, una vez que el paciente ingresa al hospital, no puede recibir visitas. Entra a una sala en la que están todos los contagiados por la peste o epidemia, y hay un porcentaje muy alto de posibilidades de que fallezca. De ser así, no podrá ser velado ni enterrado. Esto se produjo también en otros tiempos y está en contra de las costumbres de los ciudadanos de acompañar al familiar en sus últimos días. Al no ser posible, ahonda más el dolor de los pobladores. Lo anterior se produce ahora, con el COVID-19, pero también se producía en Oran, a mediados del siglo XX:

*Los enfermos morían separados de sus familiares y estaban prohibidos los rituales velatorios; los que morían por la tarde pasaban la noche solos y los que morían por la mañana eran enterrados sin pérdida de momento. Se avisaba a los familiares, por supuesto, pero, en la mayoría de los casos, ésta no podía desplazarse porque estaba en cuarentena si había tenido con ella al enfermo. (Camus, 2020, 88)*

Habría que especificar que, en tiempos contemporáneos, la norma de salud ha establecido que los que fallecen de COVID-19 deben ser cremados. Ello significa que, dado el excesivo número de fallecidos, deberán esperar el turno de cremación y los familiares recibirán, dos o tres días después, las cenizas.

El mal avanza. Paneloux tiene serias dudas y ya no repite sus primeras prédicas. Lo que le provocó un serio conflicto fue que, entre las víctimas, también había muchos niños. ¿Ellos eran pecadores? ¿Por qué Dios se ensañó con los niños? Ahora ya no sabe si sostener que la peste es un castigo de Dios. ¿Merecían los niños ese tipo de muerte? El Padre Paneloux concluye: “Había únicamente que empezar a avanzar en las tinieblas, un poco a ciegas, y procurar hacer el bien” (Camus, 2020, 113).

Finalmente, la peste le llega también al sacerdote. Al comienzo no se sabe exactamente si lo es, el mal da señales engañosas:

*Era la peste y no era la peste. Además, desde hace algún tiempo parecía que la peste se complacía en despistar los diagnósticos. Pero en el caso del Padre Paneloux la continuación demostró que esta incertidumbre carecía de importancia. [...] En medio de la borrasca de la fiebre, Paneloux permaneció con su mirada indiferente y cuando a la mañana siguiente lo encontraron muerto, medio caído fuera de la cama, sus ojos no expresaban nada. Se inscribió en su ficha: **caso dudoso**.* (Camus, 2020, 116)

Unas semanas después, observaron algo extraño: la peste empezó a causar menos estragos. Disminuyeron las muertes y los ciudadanos se sintieron sobrevivientes:

*En este aire purificado, la peste, en tres semanas, y mediante sucesivos descensos, pareció agotarse, alineando cadáveres cada día menos numerosos [...] Solo de cuando en cuando la enfermedad recrudecía y de un solo golpe se llevaba tres o cuatro enfermos cuya curación se esperaba.* (Camus, 2020, 132)

## Conclusiones

Luego del análisis del episodio que asola a la humanidad y al que denominamos pandemia, se ha llegado a las siguientes conclusiones:

- a. Se trata de una devastación que ha afectado a la humanidad desde tiempos remotos. Las obras literarias muestran, de diferentes formas, cuáles son los efectos en la población de esa pandemia. Las reacciones, en diferentes épocas, son distintas, en especial por la interpretación que se hace de la peste o epidemia.
- b. En la antigüedad, tal como lo podemos comprobar en *Edipo rey* (Sófocles), la población tebana acude ante el rey porque espera que él pueda hacer algo para controlar la muerte masiva. Hasta el sacerdote se siente incapaz de controlar la muerte masiva de los ciudadanos. Edipo, el rey de Tebas, designado por los dioses y el destino, debe interceder para calmar la ira de los dioses. Pero él, a su vez, tiene que recurrir al oráculo para saber qué provocó la ira de los dioses. Se entiende que la peste se produce por la presencia de un impuro en la ciudad. Por lo tanto, bastaría con expulsar al impuro para que se restablezca la armonía y acabe la peste. La obra de Sófocles representará toda la angustia de Edipo tratando de saber –y casi constatar– que él tiene mucho que ver con esa impureza.
- c. En la Edad Media la peste se asocia a la propagación de la peste bubónica. Hay una referencia interesante en el cuento *Camino de Santiago* de Alejo Carpentier. Un soldado que se hace romero y, de camino a la peregrinación por Santiago, se encuentra con una rata a la que intenta matar y no lo logra. Después, durante el trayecto, verá a muchos agónicos y muertos por el mal de bubas. Decide realizar la peregrinación, solo que, llegando a una localidad, escucha la voz de un juglar que habla de las riquezas en una localidad de las Indias orientales llamado Perú. Como se ve, la enfermedad provoca en los ciudadanos la orientación de su fe a la religiosidad y las peregrinaciones a los lugares que se consideran santos.

- d. El libro que escribió Defoe no es precisamente una novela ni una obra de teatro. Es, más bien, una crónica de lo que sucedió en Londres con la propagación de una de esas olas de pandemia en 1600, aproximadamente. Al principio, igual que en los tiempos actuales, la gente cree que es un mal que no llegará a Londres. No obstante, cuando comienza a afectarlos, toman decisiones, como irse fuera de la ciudad o City. Otro hecho significativo es que el gobierno declara el cierre de las casas donde hay enfermos, lo que provocó que algunas familias con enfermos prefirieran negar que existían contagiados y ello determinó la mayor propagación. Desde el punto de vista de los medios de comunicación, Defoe informa que pocos tenían acceso a los medios escritos. El gobierno se esmera en difundir sus boletines, pero la gente –al igual que ahora– no cree en la información oficial. Piensa que hay más muertos de lo que informa el gobierno.
- e. Un libro más reciente, la obra de Albert Camus (*La peste*, 1947) nos permite observar algunas reacciones o dilemas que se plantean los personajes que, por lo demás, terminan siendo emblemáticos frente a la peste: el médico (encargado de la salud pública), el sacerdote, el periodista, pero también toda la vecindad que observa, con estupor, que el mal avanza. Al principio se piensa, como en la Edad Media, que el mal solo afectará a los porteros o empleados de limpieza pero, cuando empieza a morir gente de clase media o profesionales, la preocupación aumenta. A lo largo de la novela, el punto crucial y significativo se presenta cuando ellos son conscientes de que no se trata de un problema con una salida individual. Asumen que se trata de un mal que requiere una respuesta colectiva. El sacerdote, representante de la iglesia, recurre a la misma explicación desde los tiempos de la antigüedad: la peste es la ira de los dioses por el mal comportamiento de los humanos. Sin embargo, cuando observa que mueren también los niños, se ve en un dilema: ¿Dios es tan injusto que permite que también mueran niños a quienes no se les puede achacar una conducta malévola? El sacerdote, al final, se queda sin discurso.
- f. Luego de la revisión de los funestos efectos de la peste, estamos en condiciones de decir que el evento tendrá diferentes explicaciones o interpretaciones de parte de los humanos, según los tiempos y los criterios de



conciencia que manejen. Así pues, para la denominada civilización occidental, particularmente la europea, la explicación es científica, cartesiana: lo provoca un virus y se eliminará cuando se encuentre la vacuna que genere en los humanos un mecanismo de defensa para el virus.

En América Latina, el nivel de conciencia no es uniforme. La élite se afilia al pensamiento cartesiano y confía en solucionar el problema con una vacuna. No obstante, buena parte de la población que tiene internalizada la conciencia mítica seguirá pensando que se trata de una sanción de la deidad y que, quizá, estamos ante un próximo apocalipsis. De acuerdo con esto, sufrimos esa especie de sanción debido a una situación de impureza. Hemos transgredido: por eso la sanción. El temor, siempre presente, estará allí y más de una vez quizá estemos a punto de aceptar que es una sanción de esa deidad Suprema, invisible. Un hecho semejante acontece en la novela *Cien años de soledad*, de García Márquez. Existía el gran temor de que si se producía un enlace marital entre parientes cercanos se exponían a tener hijos con cola de cerdo. El temor mítico está presente. Pese a la advertencia, José Arcadio y Úrsula se unen y tienen su descendencia. Sus hijos no manifiestan anormalidad, pero el temor está presente en la subconciencia. Varias generaciones después, como confirmando los temores, nacerá un hijo con cola de cerdo. Eso es Latinoamérica: diferentes niveles de conciencia e interpretación ante un episodio como la pandemia que sigue asolando este continente.

## Referencias

- CAMUS, A. (2020). *La peste*. <http://web.seducoahuila.gob.mx/biblioweb/upload/Camus,%20Albert%20-%20La%20Peste.pdf>
- CARPENTIER, A. (2020). El camino de Santiago. En <https://www.literatura.us/alejo/camino.html>. Consultado en agosto de 2020.
- DEFOE, D. (2020). *Diario del año de la peste*. Publicado por Editorial Visibilia. En [http://fundacionvisibilia.org/descargas/Diario\\_de\\_la\\_Peste\\_en\\_LF.pdf](http://fundacionvisibilia.org/descargas/Diario_de_la_Peste_en_LF.pdf). Consultado en agosto de 2020.
- SÓFOCLES. (2020). *Edipo rey*. Biblioteca Virtual Universal. <https://biblioteca.org.ar/libros/133636.pdf>. Consultado en agosto de 2020.